

UNA VIDA CON SENTIDO

Hay vidas que con poco dicen mucho. Vidas que saben hacer historia dejando huellas en lo sencillo y simple del día a día. Vidas marcadas por la grandeza que se esconde en lo humilde, bastante lejos del brillo y el éxito que promueve el mundo de hoy en día. Vidas que saben acercarse para dejarnos descubrir con su entrega silenciosa la felicidad más honda, porque el sentido de esas vidas está más allá de ellas mismas.

Te preguntará de qué va este texto que a continuación te presentamos.

Se trata de Antoñita, una joven Hija de Jesús. Así la llamaba su familia de manera cariñosa a María Antonia Bandrés. Ella perteneció a una familia numerosa, fue la segunda de quince hermanos. Desde niña le tocó colaborar en el cuidado de sus hermanos más chicos y en las tareas propias de la casa. Sus padres estaban dedicados al trabajo para poder sostener a una familia con tantos hijos. Realizará sus estudios en uno de los primeros colegio fundados por Santa Cándida, fundadora de la Congregación de las Hijas de Jesús, el Colegio San José de Tolosa. Es allí donde tendrá la oportunidad de conocer un día personalmente a Cándida. Aquel encuentro, miradas y palabras quedarán resonando en el corazón de Antoñita y luego, con el paso del tiempo ella comprenderá lo que sintió en su corazón en ese momento.

Era una niña con una personalidad alegre, sensible, amigüera, de salud frágil, su enorme sensibilidad en muchas oportunidades la hacía sufrir mucho, con un carácter un poco especial; solía decir su madre "¡Qué niña más fastidiosa! ¡Cuánto va a sufrir con ese carácter! Poco a poco de ese ambiente cristiano familiar fue descubriendo y conociendo la persona de Jesús y de la Virgen, con quienes forjará una fuerte amistad. Antoñita creció observando en sus padres un compromiso social, político sobre todo hacia sectores muy carenciados, que despertaría en ella el deseo de conocer distintas realidades. Eso fue impregnando la vida de esa hija desde niña, llevándola a desarrollar una sensibilidad poco común. Sensibilidad que la impulsará a estar atenta a las personas más necesitadas y luego a tener gestos concretos con ellos. ¿Te imaginas la cantidad de anécdotas y situaciones que Antoñita habrá compartido con su familia? ¿Cuántos rostros pasarían por su corazón? Su compromiso social la llevó a arriesgarse en solidaridad con aquellas realidades más marginadas y excluidas. En algunos contextos la pobreza lo envuelve todo y está presente en cada aspecto de la vida. Y allí Antoñita acudía para visitar, para compartir, para aprender el sentido hondo del servicio y la solidaridad. Tal vez solo Dios sepa el fondo de sus esfuerzos, sus desvelos, de sus pies cansados, de su garganta seca, de su cuerpo agotado. Tal vez sólo Él sepa de sus miedos, sus inseguridades, sus alegrías profundas, sus incertidumbres, sus vértigos, sus fragilidades, sus sueños y entregas infinitas. Al mismo tiempo esa profunda sensibilidad debió ser trabajada ya que Antoñita se quedaba afectada rápidamente por todo y eso la hacía sufrir mucho.

Antoñita en medio de su frágil salud alimentó una vida de sueños. Nada la detenía cuando se proponía algo. Tuvo sueños largos y sueños más cercanos. Sus primeros sueños se fueron alimentando de la visita frecuente que realizaba a lugares muy necesitados. Tal vez allí ella supo ver detrás de los ojos de aquellos niños a alguien con una grandeza insospechada. Una vida que gritaba por su dignidad, por ser reconocida como cualquier otra. Tal vez aquellos niños, familias, casas, calles, historias humildes y sencillas le hablaban de un Dios encarnado, un Dios vivo y presente en los más débiles. Tal vez esas vidas llenaban de sentido su entrega diaria en medio de la rutina de su casa, del estudio, del encuentro con amigos y esa vida de servicio la fue llevando a descubrir sueños más largos. Cada encuentro fue haciendo resonar una música que ella poco a poco fue escuchando hasta transformándose en llamado. Todos llevamos una música dentro que cuando la dejamos salir se convierte en melodía y encuentro.

Y esa música fue creciendo y llenando de sonidos su interior, hasta tal punto que la voz de Dios se fue haciendo claridad en ella. La melodía interior, con sus tonos más fuertes y otras veces más tenues, fue siendo cotejada, discernida llegando a hilvanar una serie de signos sencillos, cotidianos, que le hablaron de la llamada de Dios en ella. La llamada a una entrega de toda su vida al Señor en la Congregación de las Hijas de Jesús. Tal vez la vida de aquellas hermanas, una vida marcada por la sencillez, la centralidad en Jesús, la filiación, el amor fraterno y el cuidado de las personas especialmente de los más pobres, fueron hablándole a Antoñita de esta llamada a la vida religiosa que latía primero tenuemente, como música suave, como quien tiene que acercar el oído para percibir el sonido y que poco a poco fue tomando fuerza dentro de ella hasta llegar a componer su propia música. Dios le fue dando las notas para llegar a componer su propia música en lo cotidiano de la vida, en el encuentro con las personas, en los acontecimientos de su vida, todo ello llevado a la oración.

Su SI a Dios es total, un SI disponible y apoyado en la confianza que esa llamada no provenía de ella misma sino de Alguien más grande: "Que nada en este mundo me aleje de Ti, pues con toda la generosidad y ánimo que poseo me he dejado en tus manos...; haz de mi lo que quieras porque sé que me amas".

Así un 8 de diciembre de 1915, festividad de la Virgen Inmaculada, Antoñita ingresa a la congregación Hijas de Jesús. Le costará dejar a sus padres y hermanos, esa vida familiar en la que había recibido tanto, pero nada la detiene. Sin desconocer que le duele separarse de los suyos, la fuerza para dar el paso lo encuentra en la gracia de la llamada de Dios. Transita estos primeros años de formación y el 31 de mayo de 1918 hace sus primeros votos. Su vida estará atravesada por un amor entrañable a la Virgen, a quien considera su madre. En ella va poniendo sus intenciones, deseos, sueños, preocupaciones de las personas con las que se va relacionando para que la Virgen, su madre, se lo acerque a su Hijo Jesús.

El desprendimiento de su familia será para ella aprendizaje que le permitirá acompañar y consolar a otras jóvenes que van llegando a la congregación. Esa

experiencia compartida que se torna fuerza ante la elección hecha y da sentido a lo que se deja. Una experiencia de comunidad que le habla de un amor fraterno donde se viven y se comparten alegrías, dificultades, desafíos y deseos hondos, fragilidades y valentías. Allí donde lo "mío" y "tuyo", comienza a ser nuestro. Frente a un mundo que promueve propiedades personales, remarca dueños; un mundo que su gran slogan es "lo importante eres tú" "piensa en ti"; un mundo que nos invita a engrosar nuestro ego y verter allí nuestra sed de reconocimiento, llenarnos de lo propio porque paradójicamente estamos vacíos... ¿Cómo pronunciar la palabra "nuestro"? ¿Cómo descubrir que a través de lo "nuestro" también está incluido lo tuyo y lo mío? Necesitamos aprender el lenguaje de lo "nuestro". Porque al decir "nuestro" nos adentramos en el terreno de la humanidad, de otras vidas que ayudan a modelar la nuestra; es ser valientes y vulnerables, creativos y fieles, audaces y humildes junto a otros hasta llegar a ser profundamente comunidad.

De la experiencia compartida con su hermana mayor, Natalia, quien también fue Hija de Jesús ella aprenderá el gusto de la vida compartida desde la fe, el ser comunidad, lazos de familia que se amplían y enriquecen desde la opción hecha.

Su fragilidad física se hace sentir y la Virgen será para ella un gran consuelo con quien va conversando de los sufrimientos que la atraviesan. Le sobran motivos y personas por las que ofrecer sus dolores físicos, una de esas personas será un tío a quien quiere entrañablemente, el tío Anton, quien era su padrino de Bautismo. Las idas y venidas de la vida y los procesos de las personas, hicieron que su tío pasara por un proceso de alejamiento de la religión católica, optando más por una opción gnóstica. Más allá de las opciones personales de su tío, Antoñita alimento un cariño y afecto cada vez mayor por él. Ambos tenían una relación entrañable. Años después cuando Antoñita comparta con él su opción por la vida religiosa, él se disgustará mucho. Tal vez pensaría: ¿habrá discernido bien mi ahijada?, ¿Cómo no pensó en una opción por la familia, tener un novio, casarse?, ¿Seguro se separará de toda su familia y no la veremos más?, ¿Qué ideas tan raras tiene esta ahijada mía? La relación cercana los llevó a conocerse mutuamente, por eso Antoñita al ver y escuchar el disgusto que su tío manifiesta con su opción, procurará mostrarle que ella ha considerado otras opciones en su vida, como tener una familia, la cual es una preciosa opción pero ella siente que Dios pone en su corazón otro deseo, el de entregar su vida a él en totalidad para ser entregada a los demás. Le manifestará con palabras y gestos que ella es feliz, le asegurará que no se separará de los suyos, que su familia seguirá siendo siempre suya y los seguirá amando con el mismo amor.

Es así que su tío Antón al ir contemplando a su sobrina y ahijada contenta, disfrutando de la decisión tomada va comprendiendo que verdaderamente ese era su camino. Antoñita va ofreciendo sus dolores, su enfermedad por este tío tan querido. Hasta tal punto que poco tiempo antes de su muerte pedirá que sea su tío Anton quien la visite. Los dos se encontrarán allí en medio de la fragilidad y la fuerza del cariño de la fe de Antoñita. Su tío tendrá oportunidad

una vez más de contemplar y sentir en medio de la vulnerabilidad física de su ahijada la grandeza de la fuerza de su fe en Dios y de la Virgen. Ese encuentro seguramente habrá estado atravesado por esa mezcla de alegría y dolor, por un lado el consuelo de verla y por otro el sabor de la despedida definitiva. Aquel encuentro, como tantos otros, quedará marcado en el corazón de Anton y lo llevará en el futuro a una conversión de su fe. Su ahijada ejercerá entonces esa mediación, de las que Dios se vale a veces, para descubrir lo que habitaba en lo profundo de su interior.

Y es así que un 27 de abril de 1919, día de la Virgen de Monserrat, con tan solo 21 años Antoñita muere. Como podemos ver fue una vida sin grandes acontecimientos, nada de extraordinario, no hay en ella una historia exitosa ni experiencias deslumbrantes, lo que vemos en Antoñita es una vida común y corriente, viviendo la rutina propia de la vida pero la grandeza de su fe hace que todo sea extraordinario. Una vida de servicio hasta el final. No existen limitaciones ni impedimentos cuando nuestra vocación es servir a los demás.

A cien años de su muerte, su vida sigue generando interrogantes, continúa invitándonos a preguntarnos por aquello que mueve nuestras vidas, la tierra sobre la que echamos raíces, las motivaciones por las que servimos y nos entregamos. Y sobre todo nos invita a anclar nuestra vida sobre la roca sólida de Dios y escuchar su llamada, esa llamada única y personal, que nos desafía a una respuesta comprometida como el profeta Isaías "Aquí estoy, envíame".

*Hijas de Jesús
Uruguay*